

Los visitantes de la lengua hablada

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

La novela de Vargas Llosa maneja el término ‘visitadora’ como mujer que presta servicios sexuales a los soldados en estado de guerra, en situación estresante y como remedio psicológico. En el caso que ahora me ocupa llamo ‘visitador’ al estudioso y amante de la lengua que necesitaba saber cómo está la lengua en las zonas más recónditas, en la selva, en las montañas, en los pueblos sembrados en un territorio. El visitador llega a una población y escucha «dale a tu tío mis memorias». Apunta la palabra y después en la pensión consulta el diccionario académico que dice como última acepción: saludo o recado cortés o afectuoso a un ausente, por escrito o por medio de tercera persona; nos recuerda el diccionario que se dice en plural.

Como tantas cosas el lenguaje se pierde con el tiempo o se transforma. Como el ser vivo de los biólogos, nace, se desarrolla, se transforma, y mientras haya hablantes vivirá; y si no, morirá.

La dialectología nos invita a recorrer un territorio para comprobar el asentamiento del lenguaje entre los hablantes. Espinosa y Castellano pasaron por las Alpujarras en 1936 confeccionando el ALPI y llevaban en la mano un cuaderno con mil preguntas para hacérselas a los vecinos. Se quedaron extrañados de la difusión del ceceo en la zona de Guadix, zona donde abunda la ese castellana.

Gómez Asencio y González Salgado en Extremadura siguieron el siguiente criterio a la hora de trabajar con informantes: informante único, rara vez secundarios. La mujer nunca ha sido seleccionada como informante principal. Aun así, cuando en el ámbito de la encuesta se encontraba una mujer, aprovechaban la ocasión para recoger sus testimonios, sobre todo para observar la fonética. Hoy día este método se ha digitalizado. Hay mapas hablados. Se ha avanzado mucho en sociometría. Ya hablamos de geolocalizadores. Una cosa. ¿Cuándo captaremos las palabras al viento de los tiempos anteriores?

Las características que se buscan en los informantes han sido las siguientes: Nativos de la localidad. Con edades comprendidas entre los 60 y los 80 años. Analfabetos o con escasa instrucción. Agricultores o de profesión relacionada con el campo. Con ascendentes y cónyuge nativos de la localidad. Personas poco viajeras y sin residencias prolongadas fuera del término municipal. Con dentadura completa. Personas con buen carácter,

de inteligencia natural, sin problemas graves de salud, simpáticas y comprensivas. Alvar, Salvador y Llorente además eran buenos fonetistas, capaces de oír bien y reproducir mejor los sonidos de las palabras. Así hicieron el ALEA, el primer atlas español, en Andalucía. Se extrañaban, por ejemplo, que en la zona de Vilches apareciera tan pura la ese castellana; o que en Dalías todo el mundo hubiera estado fuera, en la emigración. El prof. Martínez González descubre voces catalanas en toda la costa almeriense y granadina. El prof. Becerra encuentra palabras aragonesas en Orcera y americanismos en la costa malagueña y granadina, el prof. Barros cita numerosos leonesismos y andalucismos en Extremadura.

Antes, el alcalde del pueblo indicaba el informante más apropiado, que se prestaba de forma altruista y entusiástica. Hoy día, el prof. Torres Montes en Las Alpujarras paga 50 euros por encuesta. En contestar al cuestionario se tarda una hora. Así de venal y mercantilista está el asunto. El prof. Alvar desde el principio unió palabras y costumbres, con lo que encontró multitud de conocimientos populares vinculados a las palabras. De esa manera Becerra Gómez, en Ronda, puede ilustrar ‘afilador’ a creencias supersticiosas.

Ortega, en su investigación de hablas contaminadas en La Línea, estableció como metodología la encuesta de forma espontánea (los sujetos no sabían de qué trataba el trabajo) a 20 personas estratificadas según edad en jóvenes, adultos y ancianos. Ortega llevaba consigo objetos como un regaliz (en linense ‘liquirbá’) o agujas de hacer punto (denominado como ‘nitin’). Además se acompañó de fotografías de otros objetos como una lata de carne de buey que se vende en Gibraltar, la ‘carne conbí’.

En todo este sistema aparece un reflejo del método francés. Los franceses fueron los primeros con el ALF, Atlas lingüístico de Francia. Pero modernamente ha aparecido en EE.UU. otro método, el sociolingüístico. Y nosotros enseguida lo hemos adoptado. Debido a la huida de la población a las ciudades han perdido importancia las hablas rurales, las esparcidas por todo el territorio. Nos interesa ahora saber cómo hablan los urbanitas. En la selección de los informantes, que son menos numerosos, introducimos otras variables: la clase social, el estilo de vida, la pertenencia a una comunidad; es más, se acentúa la división hombre/mujer y el nivel de instrucción. Es más, frente al igualitarismo rural del dialectólogo consideramos importante el nivel socioeconómico. Se prefiere la entrevista espontánea, indirecta, a veces oculta. Se centra uno en módulos: salud, el tiempo, costumbres, anécdotas de la vida, deseo de mejora económica, lugar donde se vive. El investigador atiende con mucho cuidado al prestigio del habla del encuestado, o mejor, al aprecio o menosprecio del habla de grupo. Por ejemplo, los de La Calahorra y Pinos Puente es nada más salir de sus pueblos y esconder el ceceo por una ese

que no es ese, o una zeta que no es zeta. Los calahorreños son una isla en medio de una zona de ese castellana; lo que Asenjo llama 'la Castilla andaluza'; yo añadiría Aragón. También los investigadores Moya y Widemann se quedaron extrañados cuando encontraron la ese sevillana en El Albaicín. Resulta que los pobladores de el Albaicín era la burguesía sevillana del siglo XVI. Aquí se unen burguesía y prestigio.

<http://hdl.handle.net/10481/48515>